

María Zambrano

El hombre y lo divino

Introducción de Carmen Revilla Guzmán



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo D. Jesús Moreno Sanz en el Vol. III de las OO.CC. de María Zambrano, 2011.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2011
© de la introducción: Carmen Revilla Guzmán, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-761-1
Depósito legal: M. 36.050-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Carmen Revilla Guzmán
- El hombre y lo divino
- 23 Prólogo a la segunda edición
- 27 Introducción
- I. El hombre y lo divino
- 43 Del nacimiento de los dioses
- 62 De los dioses griegos
- 87 La disputa entre la filosofía y la poesía sobre los dioses
- 101 La condenación aristotélica de los pitagóricos
- 153 Tres dioses
- 163 «Dios ha muerto»
- 184 El delirio del superhombre
- 207 La última aparición de lo sagrado: la nada
- II. El trato con lo divino: la piedad
- 227 Sinopsis de la piedad
- 237 ¿Qué es la piedad?
- 255 La tragedia, oficio de la piedad
- III. Los procesos de lo divino
- 269 De la paganización
- 287 Las ruinas
- 298 Para una historia del amor

I. El hombre y lo divino

- 321 El infierno terrestre: la envidia
- 342 El futuro, dios desconocido
- 353 La huella del paraíso

IV. Los templos y la muerte en la antigua Grecia

- 369 El templo y sus caminos
- 385 Apolo en Delfos
- 408 Eleusis
- 418 La máscara de Agamenón
- 426 La estela
- 429 *In memoriam* – El vaso de Atenas

V. En la tradición judeocristiana

- 441 El Libro de Job y el pájaro

Introducción

Quando María Zambrano, al regresar de su largo exilio, dirige una mirada retrospectiva a lo que ha sido su trayecto, insiste en la importancia que *El hombre y lo divino* tiene en su «biografía intelectual»¹, profundamente trabada con su vida y sus escritos, que considera «fragmentos de una naciente e imposible autobiografía»; se trata de un libro, nos dice, «muy mío, muy de lo hondo, porque es un fracaso»² de proyectos previos, y, como ella misma reitera, en lo que queda fracasado anida precisamente la posibilidad de algo nuevo. Por ello, entre

1. En este sentido puede verse el escrito, fechado el 11 de agosto de 1987, «Para entender la obra de María Zambrano», en el que indica lo que considera los «núcleos temáticos» de su pensamiento –filosofía, poesía y religión–, remitiendo a esta obra. Véase *Obras completas*, vol. VI, Madrid, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 2014, pp. 739-741.
2. «A modo de autobiografía», en *Obras completas*, vol. VI, ed. cit., p. 720 (publicado anteriormente en el n.º 70-71 de la revista *Antropos*, 1987).

otras cosas, Jesús Moreno Sanz, en la edición de sus *Obras completas*, nos presenta esta obra como «imán» y «centro»³, expresión de su pensamiento maduro y foco de emergencia de desarrollos posteriores.

El hombre y lo divino es, sin duda, una obra literalmente crucial, cuya riqueza de contenido, referencias y posibilidades teóricas proporciona una perspectiva privilegiada de la aportación zambraniana; su relevancia y características animan a leerla con el convencimiento de que puede proporcionar una excepcional experiencia de lectura. La reflexión de la autora –entre la antropología y la filosofía de la cultura, entre la filosofía de la religión y la mística–, partiendo de la experiencia de la crisis de la civilización occidental, elabora una suerte de genealogía, cuyo objetivo es mostrar los orígenes de su cultura para encontrar en la profundidad de sus raíces las posibilidades que la situación actual oculta.

La complejidad de esta obra deriva, en buena medida, del amplio periodo al que corresponde su elaboración. De hecho, su actual edición recoge dos ediciones anteriores, distanciadas en el tiempo casi dos décadas y claramente diferenciadas en su contenido, si bien responden a un proyecto unitario –que la autora reconoce como hilo conductor de la totalidad de su obra–, que podría haber respondido a títulos como «La ausencia» y «Filosofía y cristianismo», abandonados en favor de *El hombre y lo divino*.

3. Jesús Moreno Sanz, «Imán, centro irradiante: el eje invulnerable», en *Obras completas*, vol. III, ed. cit., p. 21-94, con muy valiosas indicaciones para la interpretación de esta obra.

A la primera edición, de 1955, pertenecen la Introducción y las tres primeras secciones, sobre «El hombre y lo divino», «El trato con lo divino: la piedad» y «Los procesos de lo divino», versión de escritos redactados desde 1950, abordando cuestiones cuyo origen se remonta, posiblemente, hasta 1945, de modo que en ellos se deposita su experiencia del exilio, y muy en especial lo que en su trayecto supuso la estancia en La Habana, «patria prenatal» donde entra en contacto con Lezama Lima y los poetas vinculados a la revista *Orígenes*, y en Roma, la «ciudad de los tiempos» en la que mantiene una enriquecedora relación con círculos intelectuales. La segunda edición, de 1973, incorpora, además de un Prólogo a la misma, dos nuevas secciones, y su composición es contemporánea a la de *Claros del bosque*, por lo que en ella encuentran un eco acontecimientos relevantes como el traslado a La Pièce, o el fallecimiento de su hermana y el posterior viaje a Grecia, que jalonan el terreno de su racionalidad poética.

Para una aproximación a esta singular obra son especialmente valiosas las indicaciones que la autora proporciona en el Prólogo a la 2.^a edición, donde destaca la unidad entre las dos partes de la misma, de modo que la primera viene a ser una suerte de introducción a la segunda, y a cuanto, nos dice, «he conservado en carpetas», sirviendo de material para lo que serán sus últimas publicaciones. La coherencia interna de *El hombre y lo divino* obedece al hecho de que sus partes pertenecen «al mismo recinto», lugar teórico en el que la autora lleva a cabo una labor de escritura como suceso «en los abismos del tiempo» que es ante todo un ejercicio de li-

beración, tarea en la que «el individuo se libera al dar a ver lo que él ve».

Estas páginas de presentación no persiguen sino sugerir alguna referencia en torno al espacio teórico en el que esta obra se sitúa, indicando las coordenadas que delimitan el marco de este fruto logrado de su proyecto. Un proyecto que parte de la experiencia vivida de la dramática situación que atraviesa Europa, cuyo sentido percibe desde la distancia del exilio, atendiendo a su despliegue desde su raíz griega y cristiana hasta su cumplimiento, tal como aparece en el diagnóstico de Nietzsche. Con el fin de caracterizar la situación actual de la cultura europea, la autora remite a Hegel, en quien encuentra una expresión de la «tragedia humana» que resulta de haber divinizado la historia, convirtiéndola en ídolo y haciendo del futuro el nuevo «dios desconocido», tirano insaciable en sus exigencias; aunque Comte, Marx o Nietzsche serían intérpretes críticos de la posición hegeliana, permanecen, sin embargo, en su mismo horizonte; por eso, Zambrano propone una alternativa a estas construcciones teóricas, retomando nociones que serán temas esenciales en la génesis de su racionalidad poética: el de lo sagrado –fondo originario de la realidad, que encuentra, por ejemplo, en la pintura de Luis Fernández– y el de la piedad –un «saber tratar» con los distintos órdenes de lo real, cuya pérdida constituye el problema nuclear de la modernidad–.

Si la cultura occidental se originó en «la transformación de lo sagrado en lo divino», tarea que la autora considera propia de la filosofía y consiste en dar forma a través de la razón a la relación con el fondo oscuro, pasional y amenazante de la realidad, su crisis actual pondría de

relieve la insuficiencia de la forma de racionalidad puesta en juego, incapaz de tratar adecuadamente con la alteridad, dando lugar a un hundimiento en lo sagrado, fenómeno del que encuentra un testimonio en el arte de las vanguardias de la primera mitad del siglo XX y en la muerte nietzscheana de Dios.

En este sentido resulta interesante la lectura de las páginas sobre lo sagrado presentadas por Vincenzo Vitiello⁴, en las que muestra en la autora el «sentir propio de una religión que trasciende lo divino» y se vincula a un neoplatonismo que remite a los poetas trágicos, una religiosidad premoderna en la que lo sagrado sería aquel Caos originario, en la noche de la indistinción, anterior al nacimiento de lo profano, del hombre y lo divino, que nos sitúa más acá del plano de la lógica, determinado por el principio de contradicción, un plano al que nos proyecta la revelación de lo que es y en el que el primer problema sería el de conseguir llevarlo a expresión –problema al que la autora responde haciendo uso de la narración, para atender a las formas de trato con lo sagrado–.

La valoración de este aspecto de la obra zambrana nos pone ante una forma de filosofar que amplía el horizonte de la experiencia e impulsa un trabajo con el lenguaje que redundará en la modificación de los códigos expresivos y comunicativos, elemento decisivo de su

4. Vincenzo Vitiello, «Il Sacro e il Nulla. Religione e nichilismo in María Zambrano», en L. Silvestri (ed.), *Il pensiero di María Zambrano*, Udine, Forum, 2005, así como en la Introducción a la traducción de G. Ferraro al italiano de *El hombre y lo divino*, Roma, Lavoro, 2001.

contribución al pensamiento filosófico. La «razón poética» responde así a la necesidad de abrirse a las fuentes de la creatividad poética, adoptando un lenguaje de imágenes, sin dejar de ser «razón», «por tanto elemento de pensamiento, de claridad y de orden intelectual, aunque no opera como medida y cálculo», sino como algo que «germina» y es «fuerza creadora», de modo que «razón poética quiere decir atención a las dimensiones embrionarias, nacientes de la realidad, a algo que no está realizado, sino aún en germen»⁵.

La reflexión sobre distintas formas de racionalidad, sobre aquel «saber tratar con lo otro» que fue la piedad para los griegos y Occidente ha perdido, sobre los procesos idolátricos de divinización de la historia y el futuro... se concreta en la crítica cultural que elabora en la primera parte de *El hombre y lo divino*, roturando el terreno de la segunda, ejemplo de ejercicio de «razón poética», tras un cambio en la orientación de su mirada⁶, dirigida ahora a la pluralidad de la experiencia, así como en el progresivo abandono de la argumentación en favor de la enunciación y en el uso de un característico lenguaje de imágenes.

Las páginas del capítulo dedicado a «Las ruinas» –a «lo que ha quedado de los acontecimientos» cuyo sentido cobra cuerpo en ellas, «traza de algo humano vencido

5. Laura Boella, *Cuori pensanti*, Mantua, Tre Lune, 1998, pp. 77-78.

6. Para una caracterización de esta segunda parte, focalizada en la concreción de sus vivencias, con la importancia que adquieren los temas de la iniciación y la inspiración, puede verse Antonio Colinas, «Una lectura de *El hombre y lo divino*», en *El sentido primero de la palabra poética*, Madrid, Siruela, 2008.

y luego vencedor del paso del tiempo»— vienen a ser un magnífico ejemplo de la continuidad y coherencia de esta obra, al presentarlas como «lugar sagrado» que contiene las raíces del presente, al ser «lo más viviente de la historia pues sólo vive históricamente lo que ha sobrevivido a su destrucción», lugares, pues, privilegiados de visibilidad y escucha, en los que se detendrá en la segunda parte.

El núcleo conceptual de la propuesta zambraniana —el desarrollo de un uso de la razón, que ha dado en llamarse razón poética, y no tanto por el carácter literario de sus escritos cuanto porque es éste el uso de la razón que propicia una apertura de horizontes y genera novedad a partir de lo recibido— se apoya en la atención a la experiencia y se elabora a lo largo de un cuidadoso trabajo de búsqueda, hasta plasmarse en nuevas formas expresivas y en el abandono de la racionalidad discursiva que caracteriza sus escritos, sobre todo a partir de *Claros del bosque*; de hecho, ésta parece ser una opción teórica que nace de su convencimiento de que se argumenta para sostener lo dicho y hacerlo «verídico, sin conformarse con que sea simplemente verdadero», como dirá en el prólogo a *El hombre y lo divino*; su pretensión será, pues, hacer de su escritura transmisión que da a ver lo que se le da, proceso de desvelamiento de lo vivido en el que el ser humano realiza su condición puesto que «sólo se vive verdaderamente cuando se trasmite algo. Vivir humanamente es transmitir», según afirma en *Los bienaventurados*. Su filosofar es, en este sentido, tarea de adentramiento, de atención a lo que en la oscuridad del sentir se revela y trabajo con las palabras que descifran, porque

nombran y transmiten algo, proporcionando así una respuesta también a las necesidades del momento histórico que vive.

No es casual que al comienzo de su exilio María Zambrano, asumiendo su condición como enclave de su perspectiva teórica, pronuncie unas conferencias sobre «La mujer en la cultura»⁷, en las que destaca, en primer lugar, la importancia de una narración que evite que el tiempo se estanque haciendo intransitable el futuro y, por otra parte, la necesidad de atender a las capas profundas de la vida de una cultura, estratos que la sostienen y contienen su fuerza oculta y sumergida; a estas capas correspondería la presencia de las mujeres, que, genéricamente, se han amoldado a las representaciones masculinas, aunque conservando subterráneamente, en el *fieri* de la historia, su capacidad de expresión propia. La diferencia específica de la mujer estriba, a su juicio, en la aptitud para establecer y mantener un contacto con la realidad que el ideal constructor, impositivo y violento, del varón perdió desde el origen de la tradición filosófica occidental. La atención a la temporalidad vivida y al plano del sentir es, por tanto, el objetivo prioritario de la tarea intelectual que emprende.

Abogar por una filosofía que no olvide sus orígenes e intente rescatar el «ser perdido de las cosas» acercándose a la poesía es ya la expresión madura de un empeño por rastrear la raíz antropológica de la historia de la cultura, con el fin de establecer mediaciones entre el pensar y la vida a través de una razón que recupere así su fuerza

7. Publicadas por primera vez en *Ultra*, n.º 45-46, La Habana, 1940.

creadora. El uso de la razón que este modo de filosofar pondrá en juego, renunciando al ejercicio violento de la voluntad, que es literalmente «voluntad de poder», estará caracterizado por la capacidad de detenerse y acoger, por la confianza en lo recibido, en la posibilidad de lo que germina por debajo de la actividad consciente y «pide ser sacado del silencio».

La actitud del poeta, «vacío, en disponibilidad», se convierte en referencia privilegiada de la actitud filosófica que propone. La filosofía que asume esta actitud poética es, en consecuencia, un comportamiento, una práctica de relación con el mundo que consiente que las cosas, las personas, los acontecimientos se muestren en su germinar, en estado naciente, tal como se revelan en el plano del sentir.

La reconciliación zambraniana con la vida encuentra su referencia fundamental no en la actividad conceptual, sino en el cuidado de la memoria, «nodriza y madre» del pensar. La memoria actúa condensando y dando forma y figura a lo que vamos viendo al recordar; en su seno, las figuras de lo vivido son imágenes cuya virtud es la de custodiar el sentir; de este modo «irradian» y permiten la transición entre los diversos órdenes del ser; constituyen, por tanto, las «metáforas esenciales», imágenes simbólicas que articulan el lenguaje de la razón poética y son palabras imprescindibles para transitar entre los distintos planos de la realidad, palabras cuyo carácter trópico permite la realización del pensar arraigado en la vida.

La opción por un lenguaje que incorpora imágenes simbólicas no es un aspecto accidental en el filosofar de

la autora. Su utilización forma parte esencial del intento de forjar un lenguaje que recoja el «*logos* sumergido» que discurre por el ámbito de las «entrañas» y lo hace visible, posibilitando así el despliegue de la vida. Lo que en la propuesta de la autora hay de denuncia de un lenguaje incapacitado por su rigidez y abstracción para llevar a cabo esta tarea se une a una actitud ante la realidad eminentemente receptiva que permite el surgir de la palabra de la razón poética, en la que lo humano se desvela, contribuyendo así a un renovado proceso de rehumanización.

Carmen Revilla Guzmán
Universitat de Barcelona

El hombre y lo divino

Φήσας πενραΐσθαι τὸ ἐν ομιῶν
θειῶν ἀναγτιν πρὸς τὸ ἐν τωῖ
πάντι θειῶν

Dijo [Plotino al morir]: «Estoy tratando
de conducir lo divino que hay en mí a lo
divino que hay en el universo».

Porfirio, *Vida de Plotino*

Prólogo a la segunda edición

Los escritos que constituyen las secciones cuarta y quinta de este libro, agregados en esta edición, han nacido a tantos años de distancia dentro del mismo recinto que lo anterior, y es que quizás quien esto escribe no tenga ningún otro ámbito.

«El Libro de Job y el pájaro» viene del año de 1970; los capítulos de la segunda parte, todos referentes a la antigua religión griega, han sido escritos con posterioridad. Y así, el contenido de *El hombre y lo divino*, en sus dos primeras impresiones, viene a adquirir, se me figura, un carácter introductivo en la mayor parte de sus argumentos. Un carácter de introducción a lo que ahora aparece y, quizás mayormente todavía, a todo lo que conservado en las carpetas aguarda el momento propicio de ser entregado a la atención del posible lector, por muy alejado y aun extraño que pudiera parecer. Y a todo también lo que se presenta indefinidamente en mi pensamiento. No

está en este pensamiento hacer de *El hombre y lo divino* el título general de los libros por mí dados a la imprenta, ni de los que están camino de ella. Mas no creo que haya otro que mejor les conviniera. Aunque, en verdad, quien escribe lo hace desde adentro y no puede ver el resultado desde afuera. Y no habiendo lucha, ni menos aún esa tan nombrada «angustia de la creación» en quien esto escribe, no deja de haber algo que impide el ver aun desde adentro, que, por lo demás, sería el único modo de visión apetecida en todo caso.

Pues que el ver desde adentro, si se cumpliera, no sería una visión subjetiva, sino una visión producto de una mirada que unifica, trascendiendo lo interior y la exterioridad. Objeto y sujeto, pues, quedarían abolidos en su oposición y aun en su siempre andar separados, sin conocerse mutuamente. Y como esta visión no llega, algunos tenemos que escribir lo que por lo pronto vemos, en lo que entra inevitablemente el pensar. Inevitablemente, ya que el ver es lo que se apetece de la manera apuntada, lo que se da desde su origen mismo hacia la comunicación.

Y el individuo se libera al dar a ver lo que él ve, dando lo que se le da. Pues que dado es siempre, aunque mucho se pene para que aparezca. Que no haya lucha ni asomo tan siquiera de «angustia de la creación» en quien escribe, no quiere decir que no le suceda algo, algo que se querría hacer saber al lector para que perdone, y no ya «las muchas faltas», sino esa especie de sombra de una falta original que empaña todo lo que se escribe pensando que será publicado. Muchas de las páginas de este libro en verdad fueron escritas sin pensamiento alguno

acerca de su publicación; casi todas las que ahora doy, más que darlas yo, parece que sean ellas mismas las que se vayan como huyendo de la quema. Seguramente dentro de estas páginas habrá algunos párrafos en que la conciencia de estar eso que se llama «escribiendo» haya venido a interferirse, cuando se cree que hay que explicar algo, que hay que sostenerlo con una cierta argumentación; cuando se lo quiere hacer verídico sin conformarse con que sea simplemente verdadero. Momentos de exteriorización en que el cristal se empaña o se rompe. Mas no es esto, este discurrir como añadido o sobrepuesto al curso espontáneo del pensamiento, el íntimo suceso cuando se escribe. El verdadero suceso ha de buscarse en el escribir sin sombra de temor –ni de esperanza– de que vaya a ser publicado. Y creo que se da en..., iba a decir –mas ¿por qué no?– los abismos del tiempo. Del tiempo, que habría que escribir con mayúscula, total; de la inmensidad del tiempo que paradójicamente nos apresa y limita, del tiempo que no nos deja. Pues que el tiempo es, tan diversamente de lo que con tanta insistencia se ha dicho, lo que no nos abandona. Nos sostiene, nos envuelve. Y en tanto que sostiene, el tiempo alza y eleva al ser humano sobre la muerte que siempre está, ella antes que nada, ella y no la nada, ahí. Y el tiempo media entre la muerte y el ser que todavía tiene que vivir y ver, que recibir y que ofrecer, que consumir y consumirse. De la muerte el tiempo algo tiene y algo trae. El aviso de la finitud, se diría, mas ello se sabe por reflexión. Y el tiempo, aun antes de que permita reflexionar, reflexionarse diríamos, sobre el sujeto humano, muestra ya su parentesco con la muerte. No de sustancia, ciertamente.